ANTONIO BUERO VALLEJO: EL COMPAÑERO

Un día lo señalaron:
—Ese es Antonio Buero Vallejo.
Y me fijé en él.

La verdad es que por aquel tiempo los que empezábamos a tratar de poner en pie nuestro limpio deseo de decir cosas teníamos necesidad de fijarnos en alguien. Tener las obras, los libros al alcance de la mano es importantísimo, sí. Pero también es fundamental—y hablo de un tiempo difícil—tener a los autores: al hombre vivo y con su ejemplo a nuestro lado.

Conocí a Antonio Buero Vallejo en la cena de despedida de soltero de un amigo común: Ramón de Garciasol. Este nos presentó. Yo andaba entonces con un libro de versos en el bolsillo y unos cuantos cuentos sin publicar. El ya había estrenado *Palabras en la arena* y su fulminante éxito *Historia de una escalera*. Naturalmente, existía un distanciamiento. Recuerdo que al salir de la cena nos fuimos despidiendo unos de otros hasta quedar solos él y yo. Confieso que era mi objetivo. Anduvimos juntos calle Sevilla adelante, atravesamos Alcalá y, siguiendo por Peligros, llegamos a la Gran Vía. Allí paró un taxi y me preguntó:

—¿Quieres que te deje en algún sitio?

A esa pregunta, y a dos o tres palabras convencionales, se limitó toda nuestra conversación. Antonio Buero Vallejo iba preocupado y muy metido en sí mismo: o en los demás. Por mi parte, la cosa la tengo clara: era, soy un tímido. Además, sé respetar el silencio cuando éste va cargado de significación.

En realidad, nos hemos visto pocas veces. Y la culpa no es de él, sino mía. Siempre que le he llamado me ha respondido. Y no creo que nadie que haya acudido a él pueda decir lo contrario. Hablo, y es conveniente aclararlo, de unos años en que uno escribía versos, cuentos y novela. Así hasta que escribí *La camisa* y pasé, por tanto, a un terreno teatral. Aquí sí que ya no tuve necesidad de llamarle: acudió él, generoso, ofreciéndome su experiencia para aconsejarme en cualquier pega que pudiera surgir en la difícil brega de entrebastidores. El suponía que yo desconocía ese mundo. Y suponía bien. (Gracias, Antonio.)

Pero volvamos atrás. Antonio Buero Vallejo, teatralmente hablando —esto quiere decir: "dando la cara al público"—, tuvo la hombría de empezar *en solitario* poniendo los puntos sobre unas íes escandalosas. Esto no hay quien lo borre. Y menos lo que, como ejemplo, constituyó para

los demás. ¿Y quién es capaz de ignorar el vivo interés, el apasionamiento polémico, el revulsivo que trascendía y trasciende de sus estrenos? Y es que en el teatro del autor de tantas obras cívica y socialmente dignas, alienta siempre ese algo que es el alma del drama y que, necesariamente, proviene de un estado de conciencia colectivo. Y es ese algo lo que, desde un principio, nos atrajo. Y nos hacía y nos hace a todos estar pendientes de él:

—¡Hala, Buero!

—¡Duro, Buero!

—¡Al ruedo, Buero!

Y Buero en el ruedo: aguantando.

Pero ya no tan solo. Los que, obligados por nuestro tiempo, hemos aprendido un poco ese difícil ejercicio que es no el "leer entre líneas", sino el "leer entre hombres", estamos en deuda con él. Y él sabe que, cada cual en la medida de sus fuerzas, vamos procurando quedar lo mejor posible.

En cierta ocasión me preguntaron en Guadalajara, su tierra:

—¿Qué opinión te merece la obra de Antonio Buero Vallejo?

—Quitarla del teatro de posguerra—contesté—. ¡Y cuidado con el socavón! No os vaya a dar vértigo y os estrelléis en el vacío.

En el vacío social, se entiende.



LAURO OLMO